



LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.

El Sacrificio.

I.—ADORACIÓN.

CONTEMPLAD hoy al magnificentísimo y poderoso Sacerdote, cuyas perfecciones habéis reconocido y adorado, no ya en su persona, sino en su oficio sacerdotal por excelencia: la oblación del sacrificio. Pues aunque los sacerdotes tengan diversos oficios que cumplir ante Dios y ante los hombres, el más importante, el que es al mismo tiempo la razón fundamental, el carácter esencial y el punto culminante de su sacerdocio, es ofrecer á Dios el sacrificio público. Este sacrificio, en efecto, no es el homenaje arbitrario de un individuo, de una fa-

milia ó de un grupo. Es el homenaje religioso de la gran familia cristiana esparcida en el mundo entero. Aun más: habiendo sido Cristo consagrado Sacerdote á nombre de toda la humanidad, de la cual es jefe, su sacrificio es la expresión solemne de la religión de toda criatura, en todos los tiempos y en todos los lugares. Ved, pues, al adorable Pontífice vestido, no de un traje de lino deslumbrante de blancura, ni con mitra de oro y cíngulo precioso, sino envuelto en el espléndido vestido de la divinidad, en que brillan como bordados preciosos todas las variedades de los dones, de las cualidades, de las virtudes y de los méritos de su santidad creada; vedle subir al altar para ofrecer á Dios el sacrificio que reclaman á la vez su majestad soberana, su liberalidad inagotable y su justicia herida por el pecado; vedle elevarse del seno de la multitud, más grande, más santo que todos, llevando en su alma las obligaciones, las necesidades y los deseos de todos. Él va á satisfacer á la vez á Dios y á los hombres, á unirlos en una amistad que sea igualmente digna de Dios y necesaria á la criatura, pagar la deuda de los hombres é inclinar la bondad de Dios, presentar á Dios los dones sagrados de la humanidad y

atraer á la tierra los dones sagrados de Dios.

Pero no hay sacrificio sin víctima. ¿Dónde está la víctima de este Sacerdote? Ella debe ser digna de su sacerdocio. Como Sacerdote de una dignidad infinita por la elevación de su persona divina, la tierra no podrá encontrar, ni en sus verjeles, ni en los tesoros de sus minas, ni en los seres que la pueblan, una víctima digna de ser puesta en sus manos sacrosantas y asociada á su función divina. ¡Atención! Sí: la tierra ha encontrado, ha dado el fruto: *Terra dedit fructum suum*, y este fruto ha sido aceptado como dignísimo del Sacerdote divino. Pero ¿dónde está? Mirad bien con los ojos de la fe: sólo la luz de lo alto puede hacérsela descubrir. Cristo es una persona divina que posee dos naturalezas, ¿no es esto? Pues bien; esta persona, que es el Verbo de Dios, Dios mismo, toma, se adapta la naturaleza humana, el alma y el cuerpo de Cristo, su humanidad, en una palabra, la separa de la masa corrompida de la humanidad, de manera que las manchas de ésta son ignoradas absolutamente por aquélla; Él la santifica, la adorna de todos los dones, la habilita de todas las potencias, la atrae hasta Él, se une á ella y la penetra de tal manera, que forma una sola cosa con ella. En

esta unión, ella se hace digna de Él: santa de su santidad, fuerte de su fuerza, poderosa de todos sus derechos, agradable á Dios necesaria y plenamente, como su Verbo, su propio Hijo, el objeto de sus eternas complacencias.

Y entonces, cuando la ha escogido, preparado y adornado, la toma con sus manos, la presenta y la ofrece á su Padre: «Padre, Tú no has querido carne de corderos y machos de cabrío, sino que me has dado un cuerpo y me has pedido que satisfaga á tus voluntades: la primera de éstas, conforme á tus derechos, es que la criatura te rinda todos sus deberes, cosa que no podrá hacer sino anonadándose delante de ti (pues sólo Tú mereces ser) y sacrificándose á tu majestad y á tu justicia: heme aquí: *¡Ecce venio!* ¡Toma Tú, en nombre de toda la creación, esta alma y este cuerpo, que valen más que todo lo que ha salido de tus manos; tómalos, pues te pertenecen, que te sean inmolados y que en su inmolación den plena satisfacción á todos tus derechos, y merezcan á la criatura tus perdones y tus beneficios!»

La humanidad de Cristo: tal es la víctima santa, de un precio infinito, soberanamente digna del Sacerdote infinito. La Persona del

Verbo, que tiene todos sus derechos sobre la humanidad, porque es su Criador y su Dios, se apodera de ella, la consagra y la ofrece en holocausto.

El hombre, que se debe á Dios en su doble naturaleza espiritual y corporal, habiendo recibido una y otra de Dios, y habiéndole ofendido en una y en otra; el hombre se verá rescatado por el sacrificio de la naturaleza, á la vez espiritual y corporal de Cristo, y Dios será plenamente satisfecho. *Christus est Sacerdos et Hostia. Ipse enim Dominus hostia omnium sacerdotum est, qui semetipsum pro omnium reconciliatione Patri libans, victima sacerdotii sui, et sacerdos suæ victimæ fuit.* (S. Paulino de Nola.) Comprended la hermosura, la grandeza y la profundidad de este misterio, por el cual el Cristo Sacerdote encuentra en sí mismo su víctima, digna de su sacerdocio, digna de Dios, á quien debe satisfacer, y suficiente á todas las exigencias del rescate de los hombres. Adorad á la santa Víctima con respeto y con amor. Pero contemplad su inmolación: el reconocimiento se unirá á la admiración para que produzca en vosotros el amor que hace á la adoración perfecta.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

El Verbo hace la ofrenda de su humanidad á su Padre, como víctima de su sacrificio desde el momento de la Encarnación en que la toma en las manos de su poder. Él la tuvo á la vista de su padre, ofrecida, presente, inmolada en su voluntad y en su deseo, durante los treinta y tres años de su vida. Y entonces sonó la hora de inmolarla realmente. Esta inmolación se hizo en dos actos, en dos momentos y bajo dos formas distintas. La inmolación sangrienta del Calvario á la faz del cielo, sobre una colina como en altar elevado, ante todo el pueblo reunido, con gran brillo. Los verdugos no eran más que los instrumentos materiales y exteriores del Sacrificio en que el soberano Sacerdote inmolaba su cuerpo, en los ardores de las llagas y las efusiones de sangre, y su alma en las angustias, los terrores, las humillaciones y los abandonos. El verdadero sacrificador era el Verbo divino, el Cristo mismo, quien quería su inmolación y permitía á los tormentos que le consumiesen poco á poco; pero no había de entregarse á la muerte hasta que lo juzgase oportuno, hasta que fuese

consumado todo lo que tenía que hacer en este mundo, y decía á voz llena: «Nadie puede quitarme la vida; yo la depondré cuando quiera.» Sin esta voluntad del Verbo, que entregaba toda su humanidad, pero quedando siempre dueño de ella hasta el fin, ni los verdugos le hubiesen podido aprehender, ni los tormentos alcanzarle, ni la muerte vencerle. Esta inmolación sangrienta es conocida de los cristianos: jamás se bendecirá ni se comprenderá jamás su amor, sus virtudes y su heroísmo.

Hay otro acto de sacrificio que concurre á la inmolación de la santa Víctima y que ha precedido al acto sangriento del Calvario: es la inmolación que tuvo lugar en la Cena, en la víspera sangrienta de la muerte de Cristo. Sin duda no hubo dos sacrificios extraños el uno al otro, ni dos muertes distintas de la santa Víctima, constituyendo dos distintos sacrificios. San Pablo enseña que «en su único sacrificio, el soberano Sacerdote consumó toda la obra de santificación.» Pero este único sacrificio tuvo dos partes, dos actos: uno en la Cena y otro en el Calvario. El sacrificio de la Cena implicaba el del Calvario; y al mismo tiempo que daba al sacerdocio de Cristo su carácter

distintivo, debía quedar permanente el sacrificio, y siempre renovado, de la nueva alianza. No es, según el orden de Aarón, por el sacrificio sangriento por el que Jesucristo es Sacerdote, sino, según el orden de Melchisedec, por el sacrificio no sangriento del pan y del vino. *Mysterium nostrum*, dice San Jerónimo, *in verbo ordinis significatur, nequaquam per Aaron irrationabilibus victimis immolandis, sed oblato pane et vino, id est corpore et sanguine Domini Jesu*. Luego el sacrificio sangriento del Calvario, necesario para poner fin á la ley de sacrificios sangrientos, acabando su obra de santificación, que sin este complemento hubiera sido totalmente ineficaz, estaba ordenado al sacrificio no sangriento de la Eucaristía, él no debía ser más que momentáneo, pasajero, y terminar, acabar y hacerse permanente en la inmolación espiritual de la Eucaristía.

Asimismo hubo en la Cena verdadera y real inmolación, verdadero y real sacrificio; sacrificio no extraño al del Calvario, sino implicándolo, conteniéndolo, ejecutándolo ya. ¿Acaso no decía el Salvador á sus apóstoles: «He aquí mi cuerpo que es entregado; he aquí mi sangre que es derramada por la remi-

sión de los pecados? *Corpus quod traditur; Sanguis qui effunditur.*» Que es como si dijera: Mi humanidad, que sacrificaré mañana de una manera sangrienta, la sacrifico desde ahora de una manera no sangrienta, reduciéndola á ser vuestro pan, vuestra bebida: Yo la destruyo, la inmoló y la anonado, haciéndola capaz de ser comida y de ser bebida. Y como el sacrificio de una víctima tiene por objeto la expiación del pecado y la satisfacción de Dios, doy gracias á mi padre, elevo los ojos hacia Él, le ofrezco mi vida, la anonado bajo las especies sacramentales por su amor, y esta inmolación sirve para expiar los pecados de todos. ¿No es ser inmolado y morir en verdad aquel que siendo hombre perfecto se convierte en estado de pan, toma el estado de éste y sus condiciones llenas de abatimiento, perdiendo todo lo que constituye el estado y las condiciones de la vida humana? Como el cadáver privado por la muerte de la vida que le animaba no es ya un hombre, sino una cosa, una vil materia, así Cristo, convertido por la inmolación eucarística en el pan y en el vino del sacrificio, no es ya el Hombre Dios, Rey del cielo y de la tierra, sino una cosa que se toma, que se come, que se bebe, y que su-

fre las humillantes condiciones de la materia. Pues bien; este sacrificio, esta inmolación que Cristo cumplió en el Cenáculo, en persona, la cumple también todos los días sobre toda la tierra, del Levante al Occidente, en la persona de sus sacerdotes, quienes no son más que sus formas visibles, sus instrumentos y sus órganos. Es Él quien, diciendo por su boca: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre», se inmoló reconstituyéndose presente bajo las apariencias de pan y vino, tomando la condición de éstos á costa de todas las prerrogativas de su estado humano glorificado. ¡Y esto es todos los días! ¡Por todas partes! ¡Hasta el fin! Sin que la ingratitud, las profanaciones y la inutilidad de su inmolación para un gran número, puedan hacerle renunciar á sacrificarse con tanto amor como cuando, «habiendo amado á los hombres, resolvió amarlos hasta el fin», y les entregó su santa humanidad, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en sacrificio y en alimento. ¿Qué acciones de gracias serán bastante extensas, bastante ardientes, bastante humildes y bastante perseverantes para responder á la verdad y á la perpetuidad de este Sacrificio de nuestro tan amoroso Padre?

III. -- PROPICIACIÓN.

Teniendo por objeto todo sacrificio reconocer de hecho y de derecho el ser soberano de Dios y todas sus perfecciones, infinitas como su ser, debe confesar al mismo tiempo, y por una correlación necesaria, la nada de la criatura, la nada de su ser y de todas sus cualidades: esta doble confesión supone un abatimiento claro y voluntario de la criatura ante su Criador, una especie de libre despojo de sí misma y de entrega de todo lo que es, en manos y á disposición de Aquel que es su principio y su fin. Este justo anonadamiento de lo que no es más que nada por origen y por naturaleza, se expresa en las criaturas puramente espirituales por un homenaje espiritual; mas el hombre, que es á la vez espíritu y cuerpo, debe traducir su religión interior por un signo exterior y material. Hay más; habiendo el pecado merecido el castigo de la muerte, precedida de sufrimientos y rodeada de humillación, el sacrificio que tuviera por fin arrancar al hombre esta condenación, apaciguando la divina Justicia, debería después cumplirse por una muerte sangrienta, por una destrucción

humillante, por una muerte violenta, sufrida como un castigo, llevando consigo los sufrimientos, los gritos y las resistencias naturales de la víctima, la efusión horrible de su sangre y, por último, su destrucción y su consunción. Así el hombre confiesa su culpabilidad, acepta su castigo y lo sufre en la víctima que lo representa; y Dios, habiendo recibido satisfacción, olvida el pecado y concede el perdón.

El sacrificio por excelencia debía cumplir esta ley en su perfección. El adorable Sacerdote entregó su humanidad, que cargaba el peso de todos los pecados de los hombres, á todas las causas que podían destruir, consumir y anonadar la vida: interiormente, los bienes del alma, del espíritu y del corazón, la alegría, la paz, la tranquilidad, el afecto, la amistad, la estimación y la reputación le fueron cortadas, arrancadas unas tras otras; los ultrajes sobre las calumnias, los abandonos sobre las traiciones; las condenaciones sobre las acusaciones, los terrores, las angustias, la tristeza mortal y desfalleciente, herían su alma, la devastaban, «*la hacían fundir y agotarse*», no dejándole nada sano. Y exteriormente, el cuerpo de la santa Víctima había sido herido de tantos golpes, atravesado con tantos dardos,

que de pies á cabeza no era ya más que una inmensa y profunda llaga sangrienta, odiosa á la vista, mezclada de lodo, que desfiguraba á Cristo á tal punto, que no tenía ya apariencia alguna de ser humano.

He ahí la muerte sangrienta, humillante é ignominiosa, merecida por el pecado, y que el Divino Sacerdote debía imponer á su Víctima para que su sacrificio expiase la falta del hombre y pagase su deuda: *Vulneratus est propter iniquitates nostras.*

Esta destrucción ignominiosa de la víctima, testimonio de la aceptación del castigo merecido por el pecado, se encuentra necesariamente en el sacrificio eucarístico, porque forma una sola cosa con el sacrificio del Calvario; pero con las diferencias que distinguen el sacrificio no sangriento según el orden de Melchisedec, del sacrificio sangriento de los hijos de Aarón. No hay ya heridas en la carne, ni efusión visible de sangre, ni muerte por la separación violenta del alma del cuerpo. Mas, sin embargo, ved cómo la Víctima es destruída, consumida, anonadada: en el Calvario fué herida, aquí es destruída: *Attritus est propter scelera nostra!* Ser destruído, es perder la forma, la extensión, la organización: el grano de

trigo es destruído y se convierte en harina, un polvo sin consistencia compuesto de moléculas casi imperceptibles; es el ser en su más ínfima esencia, casi sin forma, casi sin extensión, casi sin cantidad, sin acción aparente, sin lugar bien determinado. Polvo y nada son dos términos tan semejantes, que á menudo se toma el uno por el otro.

Pues bien, considerad la acción y el resultado del sacrificio eucarístico. ¡Vedle en la Cena, vedle en el altar! El hombre perfecto en la fuerza de sus treinta y tres años, en la hermosura viril de sus facciones, en el pleno uso de sus sentidos, de sus miembros, de su palabra, de sus movimientos, de su libertad, ¿en qué se convierte al estar en las manos del mismo Cristo que consagra? En un poco de pan, cuyas migajas todas y cada una, que caen cuando el Salvador le rompe para darle á los doce, le contiene todo entero. ¿Dónde están, pues, su cuerpo, sus miembros, su forma, su vida humana? Todo ha sido comprimido, destruído, reducido á una migaja imperceptible. Cristo está personalmente todo entero, todo vivo, en este polvo, en esta nada; ¿no es esto el colmo del abatimiento, de la depresión y un verdadero anonadamiento? Pero

¿qué es lo que puede pesar bastante sobre el Hijo de Dios para reducirle á esta impotencia, á esta debilidad, á esta degradación, á esta muerte? El pecado, el peso, la vergüenza, la responsabilidad, el castigo y la expiación del pecado. «Tú eres polvo y en polvo te has de convertir», había dicho el Criador temblando de ira al hombre rebelde. Y el Hijo de Dios hecho hombre, tomando y apropiándose este castigo, se hace polvo, y aparece humillado á la vista del Juez soberano en este estado que implora por los culpables.

La inmolación eucarística que ejerció en la Cena sobre la humanidad mortal de la santa Víctima, se ejerce ahora sobre su humanidad glorificada. Esto es un grado más en el anodamiento. El divino Sacerdote hace pesar, no solamente sobre la vida y la forma humana, sino también sobre la vida y la forma gloriosa de su divinidad, la acción sacrificadora que la reduce y la destruye hasta hacerla la Hostia frágil de nuestros altares. ¿Qué poder incomprensible y admirable hay como el del sacrificio eucarístico, que es capaz de traer, de comprimir, de encerrar en el polvo de nuestras Hostias la humanidad glorificada de aquel que impera en lo más alto de los cielos, en la

posesión más abundante de la más poderosa y bella de las vidas posibles? Tomad una partícula consagrada, escapada á la piadosa solicitud que pone el Sacerdote en recoger este polvo divino y que queda olvidada sobre el altar: ¿dónde está la forma exquisita, dónde la hermosura, dónde la gloria, dónde el esplendor del que contempláis en el sueño de vuestras esperanzas en la cumbre de la mansión gloriosa, digna de fijar vuestras miradas, de extasiar vuestro corazón y de sumeriros por toda la eternidad en una admiración que será vuestra beatitud? Escrutad, analizad, interrogad. ¡No hallaréis en ella nada de hombre y mucho menos del Cristo glorioso! Sólo hallaréis la obscuridad, la fragilidad, la vulgaridad del grano de polvo, el átomo y casi la nada; y en todo caso, casi la nada de las prerrogativas, de las manifestaciones y de las operaciones de la vida humana.

Después, á esta partícula que contiene al Rey triunfante, al Cristo que ha conquistado las naciones y que tiene el riguroso derecho actual é inmediato de ser honrado, glorificado, exaltado por toda la tierra, ponedla en el Tabernáculo; aunque la olviden, aunque la abandonen en la pobreza, la miseria, la soledad y

el desprecio; aunque no vea pasar á lo lejos más que á los indiferentes y que los que se acercan sean enemigos secretos ó enemigos públicos; aunque la toquen con mano sacrílega ó la profanen pisoteándola ó arrojándola en la cloaca de una alma contaminada, cuyo jefe reconocido y rey obedecido es Satanás, la Víctima Eucarística sufrirá todas estas privaciones, todas estas degradaciones, todas estas ignominias que acaban de inmolarla, de hacerla descender hasta lo que no es; al polvo y á la nada: *Attritus est propter scelera nostra!*

¡Oh, qué bruscamente pasa el pecado sobre la Víctima perpetuamente anonadada del Tabernáculo! Para expiarlo es por lo que abraza y acepta todos estos abatimientos que la inmolan tan profundamente. Pero ¡cuánto aumenta su humillación y dolor cuando, desde el fondo del abismo en que su amor le ha arrojado y la mantiene por nuestra salud, nos ve recaer en el pecado, y perseverar sin temor en el mal camino, haciendo inútiles sus inmensos sacrificios! Nosotros la crucificamos, la despedazamos de nuevo, la destruimos más ignominiosamente: *Vulnus super vulnus addiderunt*; todos los pesos de sus anonadamientos recaen brutal-

mente sobre ella; y parece que desde el fondo del Tabernáculo se desprende esta dolorosa queja: «Oh pueblo mío, pueblo mío, ¿qué he podido hacer por ti que no haya hecho?» Y su corazón desolado, más destrozado que todos los demás porque es el foco del amor desconocido, parece experimentar aún los mortales sufrimientos de la agonía: «¿Será posible que haya sacrificado mi corazón á tal grado, en vano, sin resultado y fruto? *Ergo sine causa justificavi cor meum?.....*»

IV.—SÚPLICA.

La Víctima del sacrificio es ofrecida á Dios por cuatro razones: 1.^a, para adorar á su ser soberano; 2.^a, para apaciguar su justicia, 3.^a, para reconocer sus beneficios pasados; y 4.^a, para impetrar otros nuevos. Este cuádruple objeto del sacrificio está proporcionado á la medida de las cualidades personales del sacerdote que le ofrece y al precio de la Víctima inmolada. En el Sacrificio Eucarístico el Sacerdote es infinito en dignidad y en mérito; sus deseos, sus oraciones, su acción personal, todo es infinito. Lo mismo la Víctima: penetrada por la Divi-

nidad, sus sufrimientos y sus humillaciones, la más ligera gota de su sangre y la más corta de sus genuflexiones tienen un valor infinito, siendo los frutos de este árbol y los efectos de esta causa que son Dios mismo. ¿Cómo será si este Sacerdote Dios inmola esta Víctima divina al impulso de un amor infinito hacia su Padre y hacia los hombres? ¿Cómo será si la inmola por la acción sacrificadora más inmensa, más extensa, más dolorosa, más anonadadora? ¿Cómo será, en fin, si perpetúa esta inmolación á través de los siglos, y la renueva á cada instante, no en un lugar, sino en millares de lugares? La fe nos lo enseña. Nuestra religión hacia Dios, como indigentes é indignos, debe apoyarse fielmente sobre el Sacrificio de Jesucristo: ella vale exactamente en la medida en que se identifica con la de este Sacerdote y la de esta Víctima igualmente adorables. Es nuestro derecho y deber tomar parte en este sacrificio, unir nuestras oraciones á las de este Sacerdote y ofrecer por nosotros y por los nuestros esta Víctima que bastaría para el rescate de millares de mundos.—Quizá no se piense bastante en el honor y en la prerrogativa del bautismo que da á todo cristiano una participación al sacerdocio de Jesucristo, menos extensa sin duda

que la que confiere el sacramento del Orden, pero real y cierta sin embargo.

Este sacerdocio inicial nos confiere en cierto modo el poder de sacrificar, y nos da un derecho correspondiente sobre la santa Víctima. Si bien lo supiésemos, nos haríamos más dignos de ese reflejo de la dignidad sacerdotal de Cristo que radia en nosotros; tendríamos mayor confianza en apoyar nuestra religión, nuestras satisfacciones, y sobre todo nuestras oraciones sobre la Víctima de suave olor, cuyo sacrificio es siempre aceptable. Oraríamos más «por Jesucristo, con El y en El», nos acercaríamos con más frecuencia, «con una fe más llena», al altar en que se inmola la santa Víctima. Nosotros haríamos valer su precio infinito, su valor intrínseco, representando á Dios su naturaleza y dignidad, las perfecciones de su persona y las virtudes de su alma, la realidad de su inmolación y la profundidad de su anonadamiento; se la presentaríamos extendida y sacrificada actualmente sobre todos los altares de la tierra, sufriendo cada día nuevas y más atroces ignominias, que añaden á su sacrificio radical no sé qué aumento y qué superabundancia; recordaríamos á Dios los compromisos que ha contraído para con ella, de escucharle siempre y

de darle todas las naciones.—Este comercio habitual con la santa Víctima nos penetraría poco á poco, pero cada día más, de sus disposiciones; nos uniría á su oración, nos haría entrar, por la mortificación y la humillación amorosamente abrasadas, en su inmolación: víctimas con la Hostia, nos mantendríamos con ella en el altar del sacrificio, aceptando todo sufrimiento, toda humillación y toda pena, como el cumplimiento de nuestro sacrificio y la ejecución parcial de nuestra inmolación: esto sería la religión perfecta, la verdadera vida cristiana, la santidad.—Y asimismo, á la hora en que el sacrificio se consumara por nuestra muerte, nuestra alma, desprendida de toda cosa, libre de toda deuda, subiría derecha al cielo, como la nube perfumada que se eleva de los carbones sagrados en que el incienso es consumido.

Pidamos para nosotros, pidamos para todos los que amamos, y para aquellos cuyo bien verdadero deseamos, y sobre todo por nuestros sacerdotes, una abundante participación al sacrificio de la santa Víctima, á su espíritu y á sus frutos. Recordemos que, cuando comulgamos, comemos una carne crucificada, una alma sumergida en una tristeza mortal, una víctima

sacrificada en el acto mismo de su inmolación, en el estado de su anonadamiento, y que todo esto nos obligue á hacer de nuestra vida una muerte, para que nuestra muerte en la última noche nos dé una vida sin fin!